

AÑO XXII.—NÚM. 6328

15 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 15 de Julio de 1882.

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXXV.

Felipe II cumpliendo, como el sa-
hacerlo, su palabra, empeñada
la persecución de la heregia le-
ntada en armas contra el partido
tólico de Francia, envió orden al
peral napolitano Castaldo para que
ese á sostener á los católicos de
yenne, con unos tres mil soldados
infantería española. Estas tropas,
de muerte de Castaldo, se unieron
General Montluc, siendo una de
las bandás, poco numerosas, pe-
rambibles, que por entonces se for-
aron para hacer la guerra á la
anci. Sismo di hablando de ellas
de lo siguiente:

Los españoles que se escogian
la guerra, reclutas que se veían
par cada año á Italia en número
tres ó cuatro mil, y que se desig-
aban con el nombre de *bisogni*, por
de todo carecían entre las ma-
de los oficiales que los forma-
n, se convertían en instrumentos
destrucción tan formidables como
bronces que fundimos con este
eto. El fanatismo religioso, el pun-
de honor nacional y militar, la
diencia ciega á la más severa dis-
iplina, el desprecio á todo lo que
era militar, he aquí los senti-
mentos que les inculcaban con es-
oro, y lo mismo se hallaban en to-
los soldados de Felipe II, cual-
era que fuese su origen; de sur-
que no se observaba ninguna di-
fencia entre las antiguas bandás
italianas y las antiguas castella-
nes enfrente del enemigo, unían
calma y un aplomo impertur-
a una bravura experimenta-
sus capitanes estaban siempre
ros de la precisión de todos sus
cimientos, y de la ejecución es-
pulsiva de las órdenes que daban.
les á teraba jamás, ni el entu-
mo, ni el miedo. Había en estas
s viejas poco-arrojo, poca in-
ción, pero desplegaban completa-
te todas las fuerzas, toda la ener-
de un hombre sereno.»

Para que se vea hasta donde ra-
el odio á los cismáticos, que
endiendo Montluc á sus soldados
haber dado muerte á las muge-
que ballaron en el castillo de la
que el había perdonado, con-
ronle que las habían creído lu-
pos disfrazados.

Noticia de los horrores de San
olomé, tanto alegró á Felipe II,
al felicitar por ella á Carlos IX

hubo de decirte que tan noble ac-
ción solo debía dejarte un sentimien-
to, y era el de haber tardado en cum-
plirse. Se acuñaron medallas en Ma-
drid para perpetuar la memoria de
tal acontecimiento, y el pueblo encen-
dió hogueras en su celebridad en
las plazas públicas. Para ayudar á
la Santa liga en la guerra contra los
hugonotes, obligóse Felipe II á darle
un subsidio mensual de cincuenta
mil escudos.

Tales fueron las simpatías que el mo-
narca español se había captado con
su conducta entre los católicos de
Francia, que más de una ciudad se
ofreció á abrirles sus puertas para fa-
cilitarle la ocupación de París. Bo-
loña estuvo á punto de haberle sido
entregada por su gobernador Pedro
Vetus que había sido ganado por
Mendoza.

Enrique III habíase hecho sospe-
choso al partido católico, y el fanat-
ismo pensó en asesinarle; su salva-
ción la debió por entonces á sus fieles
berneses. En esto murió el duque de
Guisa, el único hombre que en Francia
contrabalanzaba la política de Felipe
II y desde, aquel momento ya no hu-
bo más política que la de este. La in-
surrección se hizo tan general
solo seis provincias de las treinta y
tres en que estaba dividida la Fran-
cia, permanecieron fieles á Enrique
III. El embajador Mendoza fué el
principal agente en todos estos acon-
tecimientos; él intervino en la forma-
ción del Consejo de los Cuarenta; y
á sus instancias se aumenta con sie-
te predadores que había compra-
do á favor de España; estos se repar-
tieron luego por todas partes, prodigi-
ando promesas y repartiendo el oro
español á manos llenas; «un buen
príncipe, decían á los pueblos, es el
esposo, el protector y el defensor de
la Iglesia.» Felipe II, añadian ha po-
dido desmembrar la Francia en mu-
chas ocasiones, y no ha procurado
más que conservarla, mientras que
el Bearne trabaja por arruinarla, ha
maudo á los ingleses y á los alema-
nes.» Este modo de guerrear, sobre
ser ménos sangriento era también el
más seguro: tanto vale pelear con las
ideas que con las armas. Enrique III,
por el contrario, lió á estas el triun-
fo de su causa, poniendo sitio á París
ayudado del rey de Navarra, pero el
puñal de Jacobo Clemente privó á
un tiempo mismo del trono y de la vi-
da. La Liga proclamó por sucesor al
cardenal de Borbon (Carlos X); Fe-
lipe II reconoció e como legítimo, pe-
ro solo por un efecto de su política;
por eso, al mismo tiempo se declara-
ba nuevamente protector de los ca-
tólicos de Francia, poniendo á su dis-
posición sus ejércitos y sus tesoros,
y mando á su Secretario, Diego Mal-
donado, á llevar al duque de Mer-
œur veinte mil ducados, doscientos
quintales de pólvora y la promesa

de socorrerlo pronto con hombres, co-
mo así lo hizo enviándole tres mil es-
pañoles. El duque de Saboya que ya era
señor del marquesado de Saluces des-
de donde amenzaba á la provenza reci-
bió también los refuerzos que se le
enviaron de Milan, y los que le tra-
jeron los capitanes D. Juan de Gam-
bra, D. Juan de la Cueva, Cristóbal
de Ibañez y Ponçe de León. Felipe
II, apesar de los grandes apuros de
su hacienda, siguió mandando soco-
rros. El ducado de Milan le hizo un
donativo forzoso de doscientos mil
ducados, que sirvió para pagar los
atrasos al ejército del duque de Sa-
boya y para sostener á los católicos
del Delfinado. El virey de Nápoles y
el duque de Terranova concurren
también con sus socorros en hom-
bres y dinero, y con estos auxilios
el citado duque inauguró su campa-
ña, haciéndose dueño de Niza y del
paso de los Alpes; después penetró
en Provenza y ocupó á Frájus, Aix y
Draguignan, declarando que reten-
dría estas plazas hasta la elección
de un rey católico. Un encuentro
entre un ejército español llegado de
Flandes y el del presunto rey Enri-
que IV, en las llanuras de Furi dió á es-
te una victoria, cuyas consecuencias
fué el nuevo sitio de París. Los
católicos allí encerrados tocaron el
último extremo de la desesperación
faltó el pan y hubo que hacer harina
de los huesos de los muertos;
cuentanse de una madre que se co-
mió á su hijo; y el número de per-
sonas que sucumbieron de inanición
en el corto espacio de tres meses se
hace subir á treinta mil.

Felipe II mandó contra Enrique
IV al príncipe de Parma que man-
daba en Flandes, quedando mientras
tanto al cuidado del embajador Men-
doza el sostener con promesas la re-
sistencia de los parisienses. Todos
los días distribuía para los pobres
por valor de ciento y veinte escudos
vendiendo para que no les faltase
este socorro sus caballos y su vagi-
lla de plata. En las esquinas de las
calles estableció cocinas para el pue-
blo, á que este llamaba las *cátedras*
de España, y ocupaba en esto á mil
doscientas personas. Aparte de esto
pagaba con regularidad las pensio-
nes que Felipe II había concedido á
la viuda del duque de Guisa, y á la
duquesa de Montpensier, Mayenne
y de Nemours. El mismo duque de
Mayenne recibió un socorro men-
sual de diez mil ducados para soste-
ner su rango; y Aymar Henne guin
obispo de Reunes, Rose, prelado de
Seulis, que dirigía mil y trescientas
frailes en París, así como otros mu-
chos eclesiásticos recibían también
pingües socorros de España. Ultima-
mente la poderosa compañía de Je-
sus se entregó completamente á Fe-
lipe II, y fué, como dice Duplessis-

Mornay, la verdadera *Levadura de*
España.

No hay cosa como el oro para ha-
cer política.

MANUEL GONZALEZ.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este mi-
nisterio.

Cuerpo general.—Ascensos: Al em-
pleo inmediato, el teniente de navio
de primera D. Guillermo España y
Gomez.

Destinos: Se ha dispuesto continúe
en el desempeño de la segunda co-
mandancia de la fragata «Blanca»,
al mismo tiempo que la comandan-
cia y detall de la fábrica de jarcias
del arsenal de Cartagena, el teniente
de navio D. Juan Calvo y Fortich.

Cuerpo juridico.—Concesiones:
Un año de licencia para Madrid, al
asesor del distrito de San Carlos de
la Rapita D. Miguel del Entrambas-
aguas.

Clero.—Concesiones: Dos meses
de licencia para tomar los baños de
Caldas de Besaya, al capellán mayor
D. Mariano Nieto y Gomez.

CRONICA

Muchos aplausos obtuvo la terce-
ra representación de la preciosa zar-
zuela «La Tempestad» verificada
anoche en el teatro chico.

Las Sras. Toda y Bona y los seño-
res Dalmau, Navarro Gimeno y Ri-
jus, fueron muy aplaudidos y llama-
dos á la escena, al terminar el con-
certante del 2.º acto, que como
siempre, fué magistralmente inter-
pretado.

Los coros y orquesta bien.

La entrada muy buena.

Esta noche se pone en escena «El
Ruiseñor» en cuya zarzuela tanto se
distingue el Sr. Rihuet en la que
canta la romanza de «La favorita»
Spirto gentil.

Por los celadores municipales han
sido detenidos dos sujetos, uno por
indocumentado, y el otro por escán-
dalo y haberle ocupado armas pro-
hibidas habiendo sido este último
puesto á disposición del Juzgado.

Y por la Guardia municipal han
sido también detenidos cuatro suje-
tos por vagancia y escándalo.

Segun las últimas noticias recibidas
de Egipto, en Alejandría los in-
cendios aumentan en proporciones
aterradoras.

Las tropas egipcias saquearon la
ciudad antes de abandonarla.

Circula el rumor de que Arabi
marchó sobre el Cairo.

El almirante Seymour ha llamado